

# EL PANORAMA.

## EL HIJO DE LA ESPAÑOLA.

(Continuacion.)

**E**rchó Luis desde Fontenai á Taillebourg, y se apoderó de aquel punto; pero se vió detenido en medio de su carrera por el Charente y por un ejército que mandaba en persona Enrique III rey de Inglaterra. Las fuerzas de ambos soberanos eran casi iguales, aunque mas ventajosa la posicion de Enrique. Estaba acampado de la parte de allá del Charente, cuyo lecho, en frente de Taillebourg es muy estrecho y profundo. Los franceses no podían alcanzar al enemigo sino atravesando á nado, ú apoderándose de un puente cuyas extremidades se hallaban defendidas con unas torres, dentro de las cuales se habían encerrado los soldados mas valientes del ejército inglés. El peligro y los obstáculos alentaron al rey, lejos de imponerle; hizo reunir algunos barcos, y ordenó á una parte de sus tropas tomar tierra en presencia del ejército enemigo, formado en batalla sobre la orilla opuesta; y habiéndose encargado de atacar él mismo personalmente las trincheras del puente, las tomó. Avergonzados y desesperados los ingleses, se rehicieron, y arrojaron al enemigo de los puestos de que se había apoderado; la victoria estaba indecisa, pero Luis, aconsejándose solo con su valor, se apea del caballo que montaba, se precipita espada en mano

sobre las filas inglesas, destroza cuanto se le pone por delante, persigue al enemigo con algunos caballeros franceses hasta el fin del puente; y haciendo frente con ellos á todos los esfuerzos del contrario, logró estimular á los suyos de tal manera que, á la vista del peligro á que se había arrojado el jóven monarca, hicieron prodigios de valor. Los ingleses, no pudiendo empeñar mas su resistencia, se retiraron en precipitado desorden. Enrique estaba en riesgo de caer prisionero, ó de ser á lo menos atropellado y maltratado por sus soldados fugitivos, cuando su hermano Ricardo, despojándose de las armas, se presentó á los franceses con una caña en la mano, y pidió conferenciar con el conde de Artois. Este lo condujo ante el rey; el cual, acordándose de que era hombre y cristiano, quiso economizar la sangre cristiana, y concedió á Ricardo una suspension de armas por todo el resto de aquel día y su noche.

El rey Enrique no aguardó, para ponerse en salvo, el resultado de la conferencia. Llegó á Saintes horrorizado y casi solo; pero esta retirada no pudo substraer al ejército inglés del furor de los franceses. Al combate de Taillebourg se siguió en el dia inmediato otro mas sangriento y decisivo, quedando los ingleses completamente derrotados. Enrique huyó con precipitacion hasta Blaye, y abandonó á Luis las reliquias del ejército, los bagages y la ciudad de Saintes.

Esta doble victoria puso el sello á la prosperidad del monarca. En él solo consistia despojar de sus feudos á los condes

de la Marche y de Tolosa; pero no quiso escuchar otra voz que la de la clemencia. Lusitán conservó la Marche, con una parte de la Saintonge y del pais de Angulema; y el conde de Tolosa fué tratado mas generosamente todavía.

La jornada de Taillebourg impuso de tal modo á los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, y á los grandes vasallos de la corona coligados con Lusitán, que ninguno de ellos se atrevió nuevamente á tentar fortuna. El rey de Inglaterra, á punto de perder la Guiena, pidió la paz casi en tono de súplica; y Luis estuvo algo perplejo en otorgarla. Tal vez eran aquellos momentos los mejores para librar por siempre á la Francia del azote de los ingleses que le atormentaban de dos siglos á esta parte. Todo respondia de la felicidad del éxito: el enemigo no tenia ni tropas, ni aliados, ni dinero, ni crédito; pero era tan grande el horror que causaba al monarca la efusion de sangre cristiana, que prevaleció sobre las sujestiones del resentimiento é hizo desconocer las consideraciones de la política. Enrique no obtuvo la paz; pero sí una tregua de cinco años, en cuya retribucion pagó cinco mil libras esterlinas.

Desde Carlomagno no habia estado la Francia mas floreciente. Luis reunia todos los dones privilegiados de la naturaleza, capaces de inspirar y fijar el amor y la veneracion del género humano. Mas ilustrado y mas poderoso que sus predecesores, era digno realmente de aspirar á la gloria de dar al trono todo su esplendor, derrocando el feudalismo, fecundo manantial de injusticias y de calamidades; pero el heroísmo de aquellos tiempos consistia principalmente en señalarse en las guerras sangrientas, conocidas con el nombre de Cruzadas.

Nadie ignora el origen de aquellas emigraciones tan piadosas como funestas, que por mas de dos siglos costaron á la Francia tantos tesoros y tanta sangre. La voz de Pedro el hermitaño conmovió la Europa, y llevó al Asia la devastacion y el incendio.

Luis, mirando como indigno del primer rey cristiano el mostrarse indiferente en la defensa de las colonias cristianas de Palestina, y creyendo deberse consagrar al sostenimiento y propagacion de la religion católica, pidió la cruz. Esta resolucion, si bien recomendable por su objeto, llenó á la Francia de terror y espanto; pero aunque algunos consejeros del rey juzgaron prudente manifestarle los peligros de semejante empresa, nada fué capaz de contener su ardor fervoroso.

Cuatro años duraron los preparativos para la cruzada, y durante este intervalo no hubo medio de que no se valiese para terminar la guerra escandalosa que se habia promovido entre el sacerdocio y el imperio; pero el celo y la prudencia del monarca francés se estrecharon contra la venganza y el orgullo. Tuvo que abandonar á las partes beligerantes á su animosidad mutua, y despues de nombrar para la rejencia del reino á su augusta madre, partió á la guerra santa.

Se hizo á la vela con la reina su esposa, con sus hermanos los condes de Artois y Anjou, y las esposas de estos, un gran número de obispos, una parte de la alta nobleza, y dos mil ochocientos caballeros. El conde de Poitou, hermano del rey, debia reunirse mas tarde á la expedicion con el resto de los cruzados. La navegacion fué feliz: aportáron á la isla de Chipre, y el rey Enrique de Lusitán vino á recibir á Luis cuando des-

embarcaba; lo condujo á Nicosia, capital de sus estados, y tomó la cruz con todos sus caballeros.

Ningun monarca había llevado tan lejos la prudencia y la prevision. Estableció en Chipre almacenes inmensos: el nervio de la guerra, que es el dinero, no le faltaba; y su ejército, compuesto de cien mil hombres, entre los cuales se contaban los campeones mas valientes de Europa, pedía solo gloria y batallas. Luis, por su parte, igualando á Alejandro en magnanimidad, constancia y valor, le superaba en las demas virtudes; pero sin embargo, en un pais donde Alejandro, los romanos y los sarracenos no necesitaron mas que presentarse para triunfar, el monarca frances tuvo el desconsuelo de experimentar lo contrario. Algunos atribuyen los desastres de esta cruzada á la intemperie de los aires y á la mala calidad de las aguas; pero solo á la diferencia de religion es á lo que debe atribuirse. Los musulmanes combatían por el Alcoran con el mismo fervor que los cristianos por el evangelio; y preferían la muerte á la servidumbre bajo unos señores cuyo culto y costumbres detestaban.

Aunque el rey llegó á Chipre al fin del otoño, tuvo que diferir la expedicion hasta la primavera. Esta permanencia en la isla, contra el gusto de Luis, fué funesta al ejército. Las fatigas del viaje, la diferencia del clima, la insalubridad de los mantenimientos, y sobre todo los excesos de la relajacion, ocasionaron en las tropas una enfermedad contagiosa, que costó la vida á algunos de los jefes, y entre otros, al conde de Dreux, señor de la sangre, á Archambaldo de Borbon, á los condes de Vendome y de Montfort, á Guillermo de Barres y al obispo de Beauvais. Muchos caballeros y miles de sol-

dados sufrieron igual suerte. El rey prodigó sus tesoros, los cuidados y los remedios para prevenir ó debilitar los efectos del contagio; visitaba á los enfermos, les consolaba y les servía personalmente.

En tal estado la mayor parte de los barones, que seguian al monarca á costa propia, había concluido ya con sus haberes, y se hallaban en la precisa y triste alternativa de perecer en la miseria, ó volverse sin haber visto la cara al enemigo. Para que no abandonasen las banderas les abrió el soberano sus arcas, ganándose con su magnanimidad los corazones de todo el ejército, y siendo deudor á solas sus virtudes del ascendiente que adquirió sobre los grandes; los cuales, educados en las máximas del gobierno feudal y sirviendo á expensas propias, estaban poco acostumbrados á respetar la autoridad del rey.

Conferenciaba éste diariamente con sus capitanes sobre la eleccion del parage á donde debia dirigirse la expedicion. Unos querian bajar sobre las costas de Siria y atacar á Jerusalem; objeto principal de esta empresa: otros sostenían, por el contrario, que apoderándose del Egipto, cuyo Soldan había abrazado siempre la defensa de la Palestina, no solo Jerusalem, sino la Siria, la Fenicia, la Mesopotamia, y todo el Oriente quedarian muy en breve sometidas al cristianismo. El rey se confirmó con este parecer.

Antes de entrar en Egipto, arreglándose á las leyes de la caballería, de las cuales era observador muy religioso, envió Luis un cartel de desafío al Soldan. Reinaba entonces en aquella rica y fértil comarca Melech Sala; dilatábase su imperio por la Siria, la Mesopotamia y las provincias inmediatas; el valor, la mo-



VISTA DE CÓRDOVA. TORRE DE SAN NICOLÁS.

deracion, la experie ncia brillaban en aquel soberano; pero los trabajos, las enfermedades y la edad tenfan debilitado su fisico, y le amenazaban con una próxima muerte. Intimáronle los cristianos que rindiese á la cruz el homenaje que le era debido por todos los hombres, sope na de entrar á fuego y sangre en sus estados. A esta intimacion contestó el Soldan que sus bárbaros agresores no tardarían en arrepentirse de haber venido de las extremidades de la tierra á provocar é insultar una nacion que jamas les habia hecho ofensa alguna.

La ciudad de Córdoba fué fundada por los Romanos, invadida despues por los Godos, y dominada luego por los Árabes. Abderramen II fijó en ella su residencia, y prodigó sus tesoros para embellecerla. En el reinado de este príncipe tenía Córdoba doscientas mil casas y nuevecientos baños públicos. Sus escuelas científicas, su biblioteca llamaron á su recinto un prodjioso número de jóvenes. Alí-Xeriah instituyó en Córdoba una academia de música, en que se enseñaba á cantar y á tocar el laud. La mezquita, construida sobre las ruinas de un templo de Jano, y convertida despues en iglesia catedral, atestigua aun la magnificencia de Abderramen. Cuéntanse en ella 850 columnas de jaspe, mármol, granito y pórfido. La torre es alta y hermosa. Las demas iglesias presentan recuerdos de la arquitectura árabe, muy dignos de la atencion de los curiosos.



## AMBAS A DOS.

por D. Mariano Poca de Coyacos.

### ROMANCE TERCERO.

#### EL SARAO.

En una mansion brillante  
Que el oro y la plata adornan,  
Donde mil luces sustentan  
Duros cristales de roca;

Donde al mirar los matices  
De las moriscas alfombras,  
Las mismas flores corridas  
Ocultaran sus corolas;

Al son de las dulces flautas  
Y de las marciales trompas,  
Para el baile se apercibe  
La juventud bulliciosa.

El Comendador de Cállar  
Bien haya, pues lo ocasiona,  
Y presta cielo en que brillen  
Las valencianas auroras.

No empero con sus alboros  
El buen anciano se asombra  
Que tiene soles por hijas,  
Para eclipsarlas á todas.

De pronto en la sala de armas  
Se ve resplandor de antorchas,  
Y desde la puerta gritan:  
« El Rei de Francia, señoras. »

El Comendador le sirve,  
Y para aumentar la pompa,  
Cinco de sus paniaguados  
Se han agregado á la escolta.

Los canosos escuderos,  
Con libreas de oro y rojas,  
Las cortinas de damasco  
Con agrío cruzir arrollan;

Mientras que los pajecillos,  
Gente descreída y loca,  
La llama de los blandones  
Aproximan á las borlas.  
¡Cuan ufano el caballero,  
Como un joyero sus joyas,  
Al huésped Monarca ostenta  
Sus cuadros y sus panoplias!  
» En esas tablas, le dice,  
» Mi estirpe rica y devota  
» Me legó de sus patronos  
» La venerable memoria.  
» Del Rei moro de Valencia,  
» Mi abuelo, es esa marlota,  
» Y esa cruz de un Padre Santo,  
» Muj mi deudo por lo Borja.  
» Del amante de Teruel,  
» Que por lo Garces me toca,  
» Es ese recio montante,  
» Este espaldar y esta gola.  
» De Ausias March, el gran poeta,  
» Aquella ferrada cota;  
» Esa de Rugier de Lauria;  
» De Jaime Febrer esota.  
» Esas armas, de Moncado;  
» Mas arriba, de Cardona,  
» De Belvis, de Fullalguer,  
» De Carroz, de Rocamora...”  
— » Y añadid, le dijo el Rei,  
» Mis lises y mi cruz roja,  
» Que tambien soi vuestro primo  
» Por lo Beltran de Tolosa.”  
Y en esto se entra en la sala,  
Y el razonamiento corta,  
Que si estima los blasones,  
Mas le placen las hermosas.

Recorre, pues, el estrado,  
Y con afable lisonja  
A todo galan saluda,  
Y á toda bella enamora.  
Y explicando con los ojos  
Lo que con la voz no logra,

De esta manera les dice  
En elemosino idioma:  
» ¡ Qué te han hecho, bella niña,  
» Los corales y el aljófar  
» Que á la vergüenza los pones,  
» Junto al clavel de tu boca?  
» ¡ Oh cuan gallardo parece,  
» Sobre una espalda de aurora,  
» Rico manto de brocado  
» De plata y subido aroma!  
» ¡ Cuanto, con negro velludo,  
» Amor y luto pregonan,  
» La palidez del semblante,  
» La blancura de las tocas.  
» Poco luce el terciopelo  
» Del color de la amapola,  
» Que el carmin de vuestros labios  
» Todo su brillo le roba.  
» Si espinas no recataran,  
» Que al cabo tambien son rosas,  
» Tomara vuestras mejillas,  
» Dejara vuestra corona.”  
Salvillas de plata en tanto,  
Pobladas con aureas copas,  
Do quiera al concurso ofrecen  
Hipocras dulce y alhójar.  
Mientras las anchas bandejas  
En sus filigranas moras,  
Sustentan los leves panes  
Que vió en sus hornos Mallorca.  
Pero á la señal del baite  
Ya las cuadrillas se aprontan,  
Dejando la cabecera  
Que al Rei Francisco le toca.

Y delante á unos sitiales  
Para buscar compañera,  
Dice, « la mas hechizera  
» No me cumple distinguir;  
» Que habiendo en Valencia iguales  
» Dos reinas de la hermosura,  
» Todo pecho amante jura  
» A entrambas á dos servir.

» Yo vi en las patrias colinas  
» Que baña el pobre Charenda,  
» Beldades que la contienda  
» Me enseñaran del amor.  
» Vi las frescas transalpinas  
» Y las blancas alemanas,  
» Y morenas sicilianas  
» Con su garbo abrasador.  
» Yo vi en la Francia que lloro  
» Mil bellezas muy donosas,  
» Y las que entre nieve y rosas  
» Produce el gélido Rin,  
» Y miré las trenzas de oro  
» De las hijas de Bretaña,  
» Y las que me envidia España  
» Junto al navarro confín,  
» Mas solo en vuestros semblantes,  
» Bellas hijas de Valencia,  
» Mostró Dios su omnipotencia;  
» Y juntar quiso á la vez,  
» En vivos ojos radiantes,  
» Mirada lánguida y pura,  
» Y entre nevada blancura  
» Ardorosa morbidez.  
» Venid, y en baile ligero,  
» Que yo estreche vuestra mano,  
» Y mi cetro soberano  
» A vuestras plantas caerá.  
» Cautivo tengo mi acero  
» En los campos de Pavía;  
» Pero el alma, que aun es mía,  
» Vuestra cautiva será.»  
En una bruñida luna  
Que dos dragones soportan,  
Desde el extremo distante  
Vicen Mercader lo nota,  
Y lanzando una mirada,  
Que fiel el espejo dobla,  
De la constante María  
La voluntad aprisiona.  
Mudo language de amantes  
Que los profanos ignoran,  
Y que bien claro le dice  
Que de este modo respanda.

» Guardad, el buen caballero,  
» Guardad, el discreto Rei,  
» Para dueña mas cumplida  
» Vuestro amor y vuestra fe;  
» Que á la que es honrada y pobre,  
» Escuchar no le está bien,  
» Sin que empañen sus oídos,  
» Vuestras palabras de miel.  
» Bien sé que sois esforzado,  
» Que sois galan bien se ve:  
» Sois Monarca de un gran pueblo,  
» Me baceis en hablar merced:  
» Bien sé que vuestros favores  
» Codiciarán mas de cien,  
» Y aun quien sabe si yo misma  
» Los admitiera tal vez.  
» Mas habré de desdeñarlos,  
» Que sois sobrado cortes,  
» Y yo mucho para dama,  
» Y poco para mujer.»  
El Rei se vuelve confuso  
A Violante, que á su vez  
Le dice encendido el rostro  
Y con sonrisa cruel:  
» Lo que mi hermana desecha  
» No siempre he de recojer;  
» Siquiera con dos coronas  
» Lleveis ornada la sien.  
» Y aunque sé que sois Monarca  
» Me basta que sois frances,  
» Y no he de dar yo la mano  
» Al contrario de mi Rei.  
» Enjugad vuestros collares,  
» Y ese toison componed,  
» Señor, que de agua bendita  
» Aun mojado lo teneis.  
» Y me acuerda lo que hicist  
» No ha mucho junto al cancel;  
» Para servicio muy poco,  
» Y mucho para desden.»

Francisco primero entonces  
De despechu se sonroja,

Y dice: siempre van juntas  
» La hermosura y la victoria.»  
El Comendador lo ha visto,  
Y con dos miradas torvas  
Llama á sus hijas aparte  
En una repuesta alcoba;  
Y sin mirar los curiosos  
Que á la vidriera se agolpan,  
De esta manera les dice  
Con voz iracunda y ronca:

» O bien hayan las doncellas  
» De tanta prez y valía,  
» Que porque les dicen bellas,  
» Juzgan que la cortesía  
» No tiene imperio sobre ellas.  
» Vuestros desdenes noté,  
» Y vuestro injusto rigor  
» Mal de mi grado escuché;  
» Y á fe de Comendador  
» Que de ello me avergonzó.  
» A grosera ingratitud  
» No es disculpa la belleza,  
» El talento y juventud;  
» Porque daña la aspereza  
» Aun á la misma virtud.  
» Belleza es don otorgado,  
» Mas la dulzura y agrado  
» Es de las hermosas lei:  
» Sino respetais al Rei;  
» Consolad al desgraciado.  
» Pero no he sentido, no,  
» Que un Monarca despreciéis,  
» Que de Reyes vengo yo;  
» Solo que no repareis  
» Que es mi huésped me enojó.  
» ¿ Adonde va vuestro intento,  
» Si sois rosas peregrinas  
» Que brillais por un momento,  
» Y á todos clavais espinas,  
» Y á ninguno dais contento?  
» ¿ Donde hubisteis la crianza,  
» Que extraño la que tenéis?  
» Nada alegraros alcanza,

» Con nadie os place la danza...»  
» Sino con quien vos sabeis...»  
» Pues de tanto remilgar  
» Ya me he llegado á cansar,  
» Y os prometo, vive Dios,  
» Que agora habéis de bailar  
» De este modo *ambas á dos*.»

Y arrancando del tocado  
Las flores y las piochas,  
Por el cabello las prende,  
Y hacia la sala se torna.  
Mas tarde llega porcierto;  
Que finjiendo una congoja  
El Rei, se volvió á palacio.  
Y ya por la esquina dobla.  
Y es fama tambien que dijo  
Al subir en su carroza:  
» Mal hace quien por consuelo  
» A los placeres se arroja;  
» Que es una mar el deleite,  
» Y el columpio de sus olas.  
» Adormece al venturoso,  
» Y al desventurado ahoga.  
» Quien sirve de horrible ejemplo,  
» Guay que no sirva de mofa;  
» Que todo puede en el mundo  
» Perderse, *ménos la honra*.»

## ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE

### antigüedades de Madrid.

ESCUDO DE ARMAS DE LA VILLA.

Asunto que ha dado lugar á muchas  
disputas. Son las armas de nuestra capi-



tal, en campo de plata, un madroño en accion de encaramarse al madroño. Tiene el escudo una orla sobre azul, con siete estrellas, y por cimera una corona imperial.

En el siglo XIII, acudieron las gentes de Madrid al servicio de D. Alonso VIII, y se hallaron los tercios madrileños en la célebre batalla de las Navas de Tolosa, ganada por el mencionado rey; asegurándose que quedaron tendidos en el campo sobre cien mil moros, y que fueron hechos prisioneros sesenta mil. En esta jornada memorable llevaban los de Madrid por enseña ó divisa un pendon con un oso, y de aquí provino el que se les llamase *los del oso*, bien que no fuesen solos ellos los que lo llevaran.

Como en tiempos antiguos eran nuestros alrededores muy montuosos, y abundantes en caza mayor, segun testifica el rey D. Alonso, en su libro de *Montería*, es creible que las gentes de Madrid se autorizasen con esta circunstancia para tomar por blasón el oso; pero en las historias madrileñas se escribe que la leñon romana que ocupó á Madrid (*cuando no existia*) trajo por armas el oso en cuestion; y que desde entónces se ha distinguido nuestra capital con este emblema. Y se añade que colocaron nuestros antepasados en el escudo un madroño, y no otro cualquier árbol, porque adoleciendo frecuentemente las osos de oftalmías, encuentran alivio en el pasto de aquella fruta; y tambien porque, con arreglo á lo que opinaron los comentadores de Dioscórides, *el agua destilada de las hojas del madroño es un antidoto contra la peste, disolviendo en aquella algunos pavos del fuerso del corazon del cervo*; y como Madrid, por la pureza de sus aires y salubridad de su clima, estaba libre del azote de la peste, quisieron

significarlo por medio del madroño colocado en el escudo. (III)

Sobre las siete estrellas de la orla se inventaron igualmente muchas alusiones disparatadas; y aun de la corona, cuya introduccion es poco antigua en el escudo, se dice que la tiene de derecho por *Oso Bianco, Tiberino y Mantu*.

Yo creo, relativamente al madroño, que empezó á pintarse en las armas de Madrid de resultas de la transaccion y convenio que hicieron el Ayuntamiento y el Cabildo de señores curas párrocos, despues de un pleito muy reñido sobre la posesion de los cotos redondos de Valdelamasa, Cosmonte, Quejigar, y tierras de Rivera y Vallobrego. En aquella transaccion, estipularon las dos corporaciones que todos los pastos de los territorios en litigio pertenecieran al Cabildo, y todo el arbolado de los mismos al Ayuntamiento. Y, á consecuencia del convenio, pintó el primero en sus armas al oso pastando, y el segundo introdujo un árbol con el oso encaramado á cojer el fruto, emblemas de los respectivos derechos de los otorgantes; mas por qué pusieron un madroño y no un álamo, un cipres, ó otro árbol cualquiera, no está averiguado todavía.

Hay en la nomenclatura astronómica una constelacion llamada *Osa mayor*, en latin *Ursa maior*, *Plaustrum maius*, y vulgarmente *el Carro*. Dentro de esta constelacion, que figuran los astrónomos con un oso, hay siete estrellas principales, lo mismo que en la *osa menor*, algo mas septentrional que la primera. Madrid, segun el rey D. Alonso el sabio, era terreno muy abundante de puerco y oso; el oso, constelacion, tiene sobre su piel siete estrellas grandes; pintaron pues las siete estrellas de la osa mayor ó menor en la piel del oso que tomó por

armas Madrid. Esta constelacion se llama vulgarmente el *carro*; á Madrid la denominaron *carpentaria* de *carpentaria*, que quiere decir carro; nueva razon para poner la constelacion *carra* en el escudo de armas, que teniendo ya la alegoría del *oso*, quedaba enriquecido con esta otra, en concordancia no solo con el idioma científico de la astronomía, pero aun con el vulgar ó pastoril.

Y para mayor prueba de que tal es y no otro el origen de la introduccion de las siete estrellas en la orla del escudo de Madrid, citaré á Alvarez Baena que vió unas armas antiguas, propias del Cabildo de señores curas párrocos de esta villa, en las cuales habia dos castillos y dos osos en cuatro cuarteles, y los osos tenían sobre su piel las mismas estrellas que se colocaron luego en la orla.

El año de 1544 celebró Cortes en Valladolid el emperador Carlos V. Asistieron á ellas, como procuradores de Madrid, D. Pedro Juarez y D. Juan Hurtado de Mendoza, señor del Fresno de Torote. Dijoseles, concluidas las sesiones, que diesen sus memoriales al Emperador pidiendo merced; y Mendoza solicitó *por única* la de que Madrid usase en sus armas la corona imperial, que le concedió Carlos V, y el tratamiento de señoría para su Ayuntamiento. Desde entonces se introdujo en el escudo la corona, y se llamó Madrid *villa imperial y coronada*.

Moya, en su obra heráldica, sin dejar de hacer mención al explicar y descubrir el escudo de armas de Madrid, de la venida de Ocno, de la denominacion Mantua, y demas circunstancias histórico-poéticas, quiere que la palabra Madrid se derive del latin *Mater*, madre. Encuentra analogías entre la palabra madre y la salubridad, fertilidad, abun-

dancia, comodidad, cortesanía y demas cualidades, cuyo conjunto puede simbolizarse en aquella expresion, y en las cuales sobresale *Madrid*, siendo con ellas una *verdadera madre de sus moradores*.

Y sacando de aquí nueva analogía con ciertas particularidades que los naturalistas observan en la *osa*, y que la distinguen, respecto de sus hijos, entre los demas animales irracionales; dice que siendo Madrid *verdadera madre* de sus moradores, debió ser representada por la *osa*, *verdadera madre* de sus hijos. Añadiendo que por razon de la frondosa fertilidad del terreno se introdujo en el escudo un árbol, y que se puso con preferencia á los demas el *madroño*, por que en la pronunciacion de este nombre van incluidas dos articulaciones que no se diferencian de las dos de *madre* sino en una pequeña modificacion de la voz.

No obstante la conformidad de estructura entre ambas palabras, tengo por demasiado voluntarias estas aplicaciones, dirigidas á establecer una etimología radicada en la lengua latina, cuando, si puede establecerse alguna, debe serlo en la arábica. De esta opinion hay muchos y no adocenados autores, si bien la siguieron igualmente algunos que son de segunda ó tercera clase, y con cuya autoridad no me escudaré.

AZCONA.

## PRELIMINARES DEL MATRIMONIO EN RUSIA.

Ningun pueblo sabe manejarse mejor en las querellas domésticas que los rusos.

La mujer promete al marido ocultarle sus infracciones del contrato conyugal; y por su parte el marido promete que en caso de sorprender á su esposa en fragante delito de adulterio, la castigará sin misericordia, pero sin encolerizarse. Así que ya los esposos saben lo que han de hacer. La mujer infiel es apaleada, y en seguida todo se olvida y quedan tan amigos como ántes. Cuando una doncella rusa trata de casarse, el padre, armado de un látigo, pregunta al novio si toma aquella vírgen por esposa. La respuesta es por supuesto afirmativa, y entónces el padre dá á su hija tres golpecitos con el látigo, en la espalda, diciéndole: estos son, querida hija, los últimos golpes que recibirás de tu tierno padre. Deposito mi autoridad y mi látigo en tu esposo: él sabe mejor que yo el uso que debe de hacer. El futuro esposo, que segun la etiqueta no ha de aceptar el látigo inmediatamente, asegura al padre que jamas necesitará de usar con su hija de uno ni de otra; pero el padre insiste y el látigo es entregado al novio. Hay cierta franqueza original en tales preliminares del matrimonio: de esta manera los dos esposos quedan dispuestos para todas las aventuras conyugales que puedan sobrevenir.

## Astronomía primitiva

DE LOS EGIPTIOS.

Los egipcios conocían ya ántes de Moises el año solar, compuesto de 360 días. Sus observaciones sobre la diferencia de las sombras meridianas les habían hecho inferir que la revolucion del sol en

el discurso de un año, excedía en mucho á la duracion de doce lunas. Puede creerse, á nuestro parecer, con algun fundamento que para apreciar las varias dimensiones de las sombras meridianas, se hicieron en las edades primitivas muchos cálculos, sirviendo de datos las alturas de los montes, árboles y edificios, primeros relojes de sol naturalmente indicados al observador.

Pero no se alcanzaba con tales datos la necesaria exactitud para el cómputo del año solar; y de aquí la invencion de de otros medios á fin de calcular mas aproximadamente por lo ménos.

Hay opiniones, pues, de que los obeliscos no fueron en su origen otra cosa que relojes solares, contruidos por los soberanos del Egipto con grande aparato y sin reparar en dispendios: ni parece razonable que al erijir aquellos enormes y asombrosos monumentos, no se propusiesen sino satisfacer un capricho de loca ostentation. Josefo cita un pasaje de Apion, por el cual se entrevé que en efecto los obeliscos fueron desde luego destinados á operaciones astronómicas.

Sometido el Egipto, mandó Augusto transportar á Roma dos de los mejores: se colocó en el circo uno de ellos, y el otro en el campo de Marte. Al colocar este último se tomaron todas las disposiciones necesarias con el objeto de que sirviese de reloj; y seguramente no hizo en esto Augusto mas que imitar á los egipcios. Los obeliscos databan entre ellos del reinado de Sesostris, 1640 años ántes de J. C.

Aquel pueblo ingenioso reconoció muy pronto que no había vencido todos los inconvenientes para la exacta medicion de las sombras; á imaginó poner en la extremidad de tales construcciones una esfera sostenida por una aguja muy del-



TRIUNFO DE SESÓSTRIS.

gada, para que la sombra esférica se percibiese enteramente separada de la del obelisco. También Augusto ordenó que se pusiesen en el del campo de Marte la aguja y la esfera. En algunas medallas griegas, muy antiguas, se ven obeliscos que asimismo las tienen. Los griegos recibieron de los egipcios todos sus conocimientos astronómicos; nueva probabilidad para la opinion de que estos usaron y perfeccionaron los obeliscos con aplicación á cálculos astronómicos, resultando de ellos la correccion del año solar computado en tiempo de Moises. Al convenirse de que los 360 dias no comprendian todo el tiempo de la revolucion anual del sol, valuaron la diferencia en cinco dias, que añadieron á los 360.

Dejarémos á un lado las fábulas que se leen en varios autores relativamente á la correccion del año egipcio primitivo, y veremos si nos es posible fijar la época de la institucion del año de 365 dias.

En la descripción que hace Diodoro del sepulcro de Osimandes, rey de la grande Tébas, habla de un círculo de oro cuya circunferencia tenia 365 codos, por uno de anchura, correspondientes á los 365 dias del año. Para cada dia se marcaban en el círculo la salida y la puesta de los astros, y los pronósticos del tiempo, segun las ideas de los astrólogos egipcios. Osimandes fué llamado Ismandes por Estrabon, que dice ser éste el Memnon de los etiopes. El nombre de Memnon se lee en algunos catálogos de los reyes antiguos de Egipto, señalándose su reinado en la época de la guerra de Troya: es decir, que ya entónces el año de los egipcios constaba de 365 dias. Hablan tambien autores antiguos del año grande de los egipcios, y algunos le dan el nombre de *año de Dios*, escribiendo

que era este periódico, con el intervalo de 1461 años comunes. No debió ser, pues, otra cosa el *año de Dios* sino un ciclo canicular. Esta supuesto, y hallándose desde el año 1322 ántes de J. C. hasta el 139 de la era cristiana, un ciclo canicular, bien averiguado, ya no queda que saber mas sino si la institucion del año de 365 dias concurreó con un principio de ciclo. Puede tenerse por cierto que cuando los egipcios empezaron á contar para la formacion de un año de 365 dias, el primer mes, llamado *Thoth*, fué canicular. Esta certeza descansa en el testimonio de historiadores de crédito, acerca del modo de computar sus años los egipcios, partiendo siempre del principio de la canícula cuya presencia anunciaba la inundacion del Nilo, una de las causas principales de los adelantamientos de aquel pais en la astronomia.

El método que seguían para la colocacion de los cinco dias excedentes era diverso del que usamos nosotros. No tenían como nosotros tenemos, meses desiguales: todos los suyos constaban de treinta dias, y concluidos los doce, añadían al año el período de exceso. Por medio de esta correccion se aproximaron bastante á la exacta determinacion del año solar, y lo determinaron con diferencia de la cuarta parte de un dia. Sus astrónomos llegaron á descubrir, en fin, que el año de 365 dias era mas corto, en algunas horas, que el año solar natural.

---

### EL DIA DE SAN ISIDRO.

---

Ayer fué, ayer! Nada queda ya de la jarana de tan ruidoso dia mas que re-

cuerdos tristes, consignados en el vacío de las faldriqueras: en las manchas de pantalones, fraques y levitas: en el *desperfecto* de mantillas y de sombreros: en el molimiento de huesos, y en la crudeza de los catarros que han sido consecuencia precisa de la oblation pública tributada á nuestro santo patron al otro lado del casi caudaloso Manzanares!

La fiesta de S. Isidro es una bacanal cristiana, en que todo el mundo, por decirlo así, desenfraila y se entrega á los placeres del campo, no tan inocentes ni tan encantadores como los que describen los clásicos en sus églogas. El que no celebra este año á S. Isidro, lo celebró el año pasado, ó lo celebrará en el venidero; porque la pradera del Santo es un verdadero círculo mágico cuya arca lanza por millones moléculas de inexplicable atracción á mediados de mayo; y no habrá una sola persona en esta villa imperial y coronada, que no haya hecho alguna vez su romería á la célebre hermita, y bebido agua en su fuente milagrosa.

La noche de la víspera no se piensa sino en la pradera de S. Isidro: ni se cena con sosiego, ni se duerme con tranquilidad; y al rayar la suspirada aurora se le saluda con estrepitoso regocijo.

El que tiene en la casa el encargo de despertar á la familia, ó el que más se ha desvelado durante la noche y se levanta sin necesidad de despertador, principia á alborotar, llamando de alcoba en alcoba, y repitiendo con tono agradablemente imperioso: señores, á S. Isidro, que es tarde! Vístense ellas y ellos con extraordinaria diligencia; y durante las abreviadas operaciones del poco cuidadoso tocador, cada cual allega su contingente á la conversacion jeneral, que no es ménos animada por hallarse á va-

rias distancias los interlocutores. — Qué tiempo hace? — Bueno — Me parece que va á llover — No hay día de S. Isidro sin agua — Donde almorzaremos? — En la fonda de Perona — Mamá, que yo quiero dos campanillas de barró! — Bien, hija mía, bien — Y yo un S. Isidro muy grande! — Como te duró tanto el del año pasado! — Mujer, por Dios, no te sientes tan de mañana en el banco de la oposicion —

Ya está en la calle la familia, y con ella otras ciento y otras mil: y en breve las avenidas de las puertas de Toledo y de Segovia son dos hormigueros, muy semejantes al que presenta la calle de Alcalá en una tarde de funcion de toros si se ha dicho por Madrid que el ganado es bueno.

Media hora despues ya está la pradera de S. Isidro tomada por asalto. No queda en la poblacion coche de alquiler, ni calea disponibles. Madrid, parte á pié y parte en carruaje, se ha mudado al otro lado del rio; y no así, de cualquier manera, sino arrastrando consigo la trashumante multitud de fondas y confiterías, almacenes de licores de todas clases, y una falanxe entera de profesores de plástica, que sin saber dibujar hacen santos y santas por mayor, y abastecen los mercados adyacentes á nuestras iglesias.

Qué guirigay en aquellos campos! Qué habilonia! Aquí un almuerzo: mas allá una quimera: á aquel lado un cale-sin que volcó porque no podía caminar con tanto aguardiente encima: al otro un baile con acompañamiento de harberiles guitarras y de desvergonzado jaleo: acá un peloton de jente hambrienta que sitia la tienda de campaña del fondista: allí el garito del barquillero jugando á la rueda: mas arriba el hollero con su

baraja recojiendo cuartos para sortear el  
as de oros: debajo de aquel árbol una  
pareja romántica que ayer quería ter-

minar la aborrecible existencia por medio  
del arsénico bienhechor, y hoy despacha  
un par de chuletas para hacer tiempo:



encima de aquella colina, una cuadri-  
lla de muchachas jugando á la gallina  
ciega: en aquel barranco cuatro pillos

en miniatura que confían en depósito á  
otro pillo en escala grande tal cual  
pañuelo, alguna caja de tabaco, y aca-

so algun reloj que acaban de hacer suyo contra la voluntad de sus dueños: á la entrada de la hermita un tumultuoso vaiven producido por el movimiento diametralmente contrario de los que quieren visitarla y de los que se esfuerzan para salir de ella: se apiñan, se pisan, se estrujan, se insultan, hay codazo que habla en latin, hay empujon de muerte: hay sofoco, y asfixia, y protestas de no volver en la vida á ponerse en apuro semejante. El santero pasea entretanto discurriendo de corro en corro, y de la rivera á la colina, y recoge abundante limosna. Rechina la gaita gallega en las manos del ciego: respinga y repica las castañuelas el lazarillo: brindan unos: responden con alegres vivas otros: disputan estos; gritan aquellos: se dan de palmos mas allá: se ofrecen y cambian fuerzas á dos pasos de los descalabrados: corren los corchetes, ya á dar parte á su señoría de las diferentes tentativas que observan contra la quietud pública ya

á comunicar providencias verbales y aun á ejecutarlas: llueve á lo mejor: las mantillas se calan: los sombreros se ven repentinamente encamisados con pañuelos de todos colores: en el zafarrancho jeneral se pierden dos carros de trebejos de todas clases: todo el mundo corre: todo el mundo se pone hecho una sopa: aquí cae uno y allí resbala otro: muchos no se levantan sin ayuda de vecino, y aun sucede que el vecino cae tambien, y son dos los menesterosos: llega, por fin, la noche á cubrir aquel inconcebible panorama con el manto estrellado, ó sin estrellar, que á veces no gasta estrellas, y todos los de la romería se restituyen á sus domicilios, con algunas pesetas de ménos y con mucho cansancio de mas. De resultados de la broma de S. Isidro hay luego algunas palizas domésticas, considerable número de entradas en el hospital jeneral, y un centenar ó dos de procesos de mayor ó menor cuantía.

AZCONA.

## REVISTA DE TEATROS.

**PRÍNCIPE.** La sociedad artistica que lo administra se hace cada vez mas digna de elojio por el noble empeño con que prosigue sus trabajos, á fin de conservar al arte y á la literatura dramática su glorioso palenque. Despues de *El Ramillete y la Carta*, pieza en dos actos, perfectamente desempeñada, se ha puesto en escena otra novedad, la comedia en tres actos, original de D. Manuel Breton de los Herreros, titulada *No ganamos para justos*. El público ha aplaudido mucho, y con mucha justicia, al autor y á los actores.

**CRUZ.** *El Belisario* de Donizetti continúa recibiendo merecidos aplausos. Nada mas sublime que la cavatina del primer acto en boca de la Sra. Villó, gloria de nuestro teatro lírico. El Sr. Unanue canta con seguridad y con brío su bellísima parte, haciéndose acreedor á la brillante aceptación con que el público le distingue. El Sr. Calvet no deja nada que desear en su largo, multiforme y difícilísimo papel, que cada dia interesa mas á los espectadores. La señora Lombía ejecuta el ayo muy á satisfacción de los conocedores. El conjunto es de un efecto que acaso no puede mejorarse.

**INDICE DE ESTE NUMERO.** — El Hijo de la Española: (*Continuacion*). — Vista de Córdova. Torte de S. Nicolas. — Ambas á dos: (*Romanco tercero*). — Estudios históricos sobre antigüedades de Madrid. — Preliminares del matrimonio en Rusia. — Astronomía primitiva de los Egipcios. — El dia de S. Isidro. — Revista de Teatros.

Suscripción: 4 rs. al mes, para Madrid, y 6 rs. para las provincias.

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE I. SANCHA.